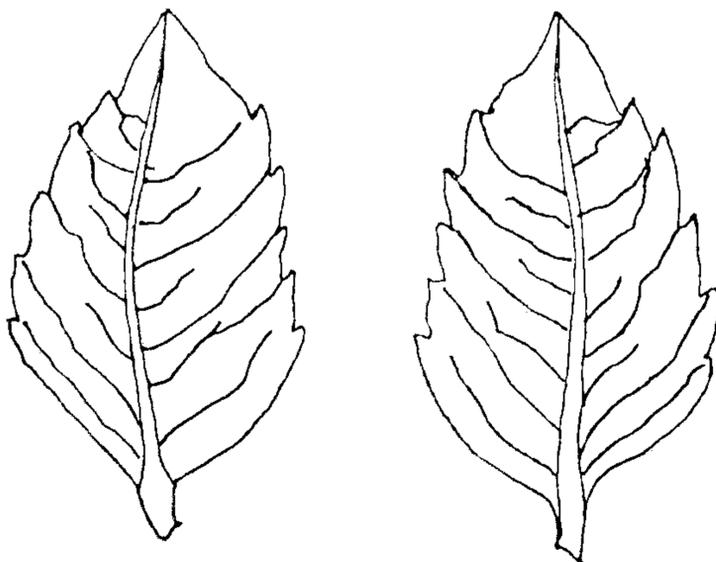


**jorge alberto naranjo**

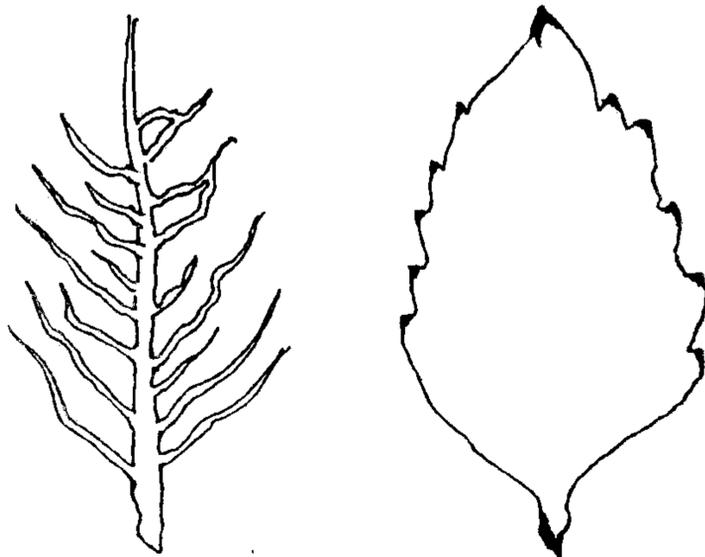
**LA VIDA CREADORA**

Pronto hará cien años que se publicó la novela "Tierra Virgen", uno de los análisis más profundos que se hayan elaborado acerca del alma antioqueña. En el último capítulo de esa obra, intitulado "Fin de siglo" hay un diálogo de gran valor actual entre dos antioqueños que se encuentran en Londres realizando estudios profesionales. Uno de los interlocutores, Simón Arenales, lanza denuestos contra este país salvaje, de gentes incultas, sin arte ni artistas, sin ciencia ni científicos, y compara el atraso paisa con esas maravillas londinenses, con esa culta Europa de tan buen gusto en todo; le parece detestable tener que pensar siquiera en regresar a ese Remedios tan puebleño y tan chiquito, a ese Medellín parroquial y mojigata. Mientras habla se toma tiempo para aplicarse una jeringuilla de Pravaz en cualquier rincón de un parque, y su único alivio parece que sea soñar con la diva del momento y con el concierto que le escuchará próximamente; el amigo, que lo escucha con paciencia y lo observa hacerse daño girando en un vacío afectivo gigantesco, lo reprende suavemente: ¿No ves —le dice— que de ese país inculto surgió la ayuda para que viniéramos a este viejo mundo? ¿No es pues a Colombia a la que debemos el poder disfrutar ahora de tantos conocimientos? ¿No serán tan incultos nuestros paisanos si valoran que nos capacitemos por aquí! Ven —le ruega— vamos a Colombia, vamos a devolver favores,



a contribuir a que nuestra patria progrese y se enriquezca la vida espiritual de nuestra gente, allá todo está por hacerse, es tierra virgen que apenas comienza a cultivarse. No compares naciones con milenios de historia y países acabados de nacer, valora más bien cuánto hemos logrado en tan poco tiempo! ¡Piensa en las barbaries de Europa cuando más joven!

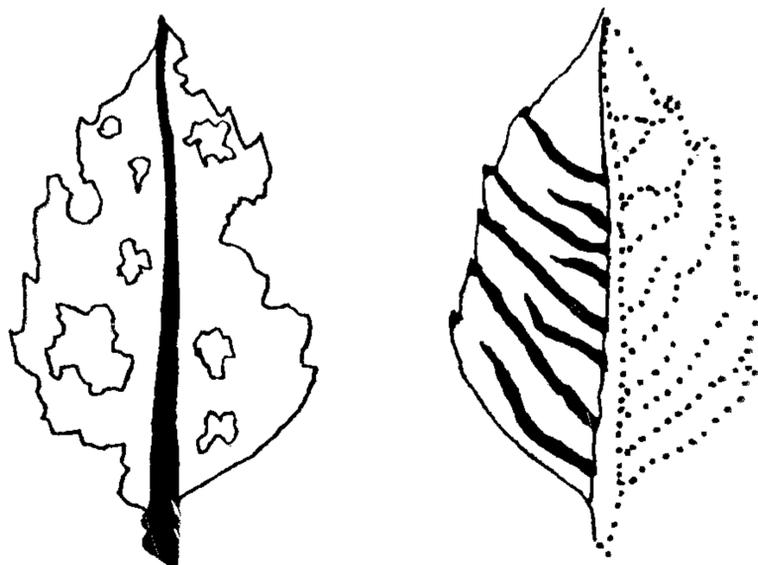
Pero el otro no quiere oír. Cosmopolita por puro desarraigo, internacional por mera carencia del sentimiento de nación, culto gracias al repudio de su cultura de origen, y dominado su espíritu por el desánimo nihilista y el escepticismo “fin de siècle”, le parece a Simón Arenales que las convicciones de su amigo son puro idealismo y provinciano sentimentalismo. Esperar algo de ese país —replica— es inútil, allí nada cambiará nunca. Y como su amigo no cede y lo insta a pensar en los riesgos de esa euforia artificial que debe administrarse en punitivas dosis, el otro no escucha y se va. Unos días después, cuando el velo ilusorio de la alta cultura europea comienza a desgarrarse para él, Simón Arenales, sin aquí ni allá, sin pasado y sin porvenir, se lanza a la calle desde un balcón del hotel donde se hospedaba. El amigo regresa, convertido en ingeniero, a una patria y unas gentes que lo reciben con los brazos abiertos.



\* \* \*

Cien años más tarde la novela del doctor Eduardo Zuleta conserva su fuerza argumental y ha ganado en alcances y hondura. El contraste entre Arenales y su amigo tiene alcances de símbolo. Esas fuerzas encontradas, ese acre desengaño con nosotros mismos, ese valiente amor con que nos resistimos a las sucesivas derrotas de la conciencia nacional y soñamos con reconstruir la patria; ese Arenales sin ilusiones, desierto de afectos, voluptuosamente entregado a la autodemolición, y ese Pedrito Jácome consciente de su pobreza y de su riqueza, de las posibilidades y dificultades de obrar, representan por así decir las situaciones extremas del alma colombiana. Y la tragedia de ese diálogo inconcluso se prolonga (aún más: se intensifica) en nuestra época, cuando existen infinidad de nuevos motivos para dudar de nosotros mismos, y cuando es más imperioso que hace un siglo recuperar la autoestima nacional, la confianza en nuestras posibilidades de progresar y embellecer la existencia colectiva.

Hay aquí un dilema que nos atraviesa a todos. Hay horas como de Arenales, y ningún logro parece suficiente para ocultar nuestras barbaries e indolencias ciudadanas; ninguna paz local representa casi nada ante esa guerra diseminada por todas partes,



en la geografía y en los corazones. Pero son muchas más las horas silenciosas del laborar pacífico, de las alegrías suaves, de las pequeñas realizaciones que tornan la vida llevadera, amable. ¡Qué tal si no! ¿Qué sería de esta patria, después de las espantosas situaciones que venimos viviendo, si no hubiera en los colombianos un enorme cúmulo de virtudes sociales, un tesón y una abnegación probados en mil circunstancias diversas?

\* \* \*

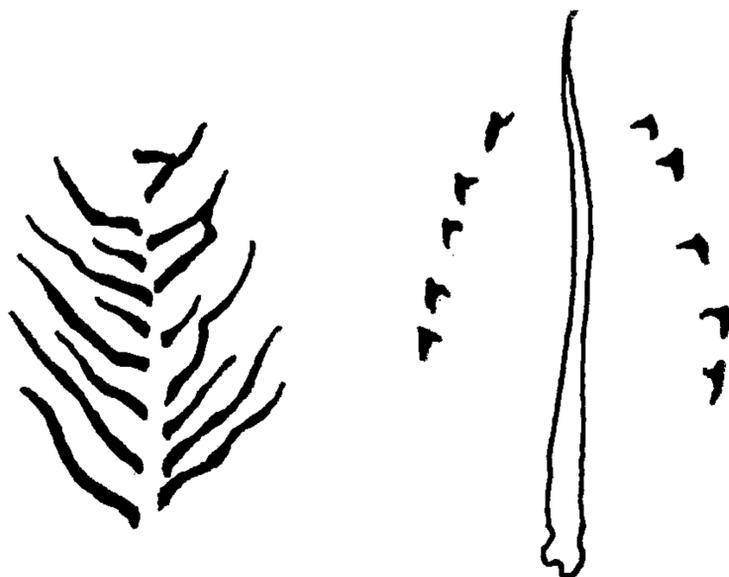
El diálogo Arenales-Jácome pone en evidencia algo que a primera vista luce paradójico, pero que se puede constatar con frecuencia: en principio Arenales parece que realizase a plenitud su deseo de fuga, que triunfara por su repudio, instalado en una realidad a su medida; sin embargo es un puro espejismo: si no supo afirmar su pasado, ¿con qué instrumentos sabría afirmar su presente?, ¿y qué porvenir podría soñar uno que enjauló el pasado y silenció su voz? Al que no tiene se le quitará, como explicó bellamente Schopenhauer...

Hay en el fracaso vital de Arenales un profundo llamado de atención: esos sentimientos intangibles, el amor a la tierra, a la gente, a las costumbres, el sentido de pertenencia como



se dice hoy, no son mercancía intercambiable por cualquier acomodo circunstancial. Definen unas coordenadas afectivas, un medio de nutrición sentimental, una otredad y una proximidad vitales sin las que el hombre es la criatura más desolada de la creación. El contraste con la infancia de Pedrito Jácome —igual de difícil en las pruebas, si no más, aunque viviendo cada infortunio y cada dicha con una serenidad de verdaderos sabios— nos muestra de forma palpable que los trazos mayores de la vida adulta se escriben desde la primera infancia. Es poco lo que puede hacerse contra las determinaciones de la realidad; poco podemos modificar las filigranas del dolor y la muerte; pero el sentido se lo otorgamos nosotros, la pátina de nobleza, la clase de dignidad que le conviene. Los jácome, como dijo el maestro Carrasquilla, pertenecen a la única aristocracia auténtica, la del alma. Elevan lo que tratan, sea una idea, una persona, una costumbre, una cosa. Embellecen la existencia con la misma naturalidad con que la rosa perfuma o el turpial canta. Conocen la orfandad, la deslealtad, la ruina, la miseria, el hambre, pero mejor conocen la abnegación, el amor, el tesón, la riqueza del espíritu, la esperanza. Y tanto tienen que más reciben...

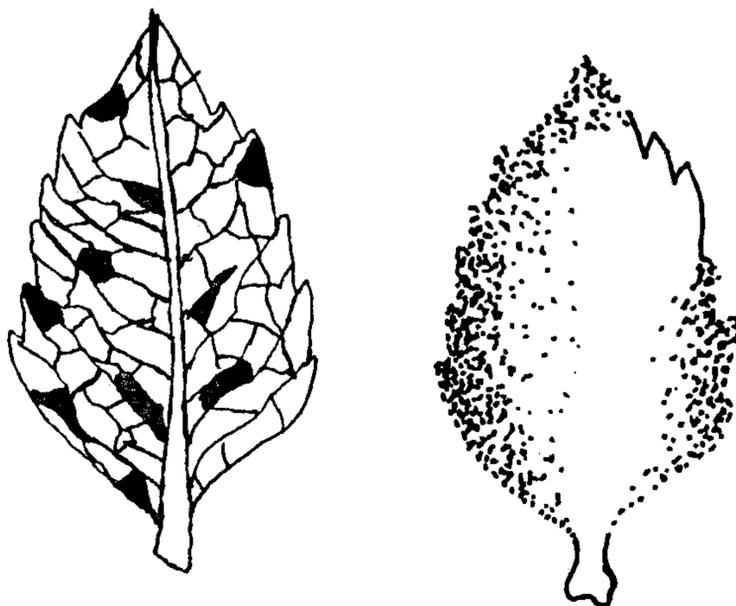
“Tierra Virgen” y muy especialmente el último capítulo merecen leerse hoy como una contribución que el pasado hace a



nuestro confuso presente. El alma nacional se beneficiaría enormemente si supiera neutralizar sus Arenales: y más allá de ese trabajo remedial, al conceder la palabra a Pedro Jácome aprendería a verbalizar mejor su fe en el porvenir.

\* \* \*

No es fe ingenua que pide cerrar los ojos para seguir creyendo, ni se trata de los optimismos del incurable Cándido que se juzga en el mejor de los mundos posibles aún si se encuentra en uno de los peores. La fe en nosotros mismos que predica esa obra es una fe viril, a ojos abiertos, curtida por los desengaños que ya ha vencido. Una fe acendrada por la fuerza de las razones. La fe del carbonero y la de Cándido sacan su valor de lo imaginario, y aquí se diría que surge del conocimiento y de la experiencia. Y las ilusiones que fabrica van lo más cerca posible de las determinaciones de lo real, como si en ello estribara su justeza y sólo así pudiera movilizar efectivamente las potencias de lo real en favor suyo, en lugar de ser su esclavo o su juguete. La ingenuidad está presente en otro sentido en el núcleo de esa religión humana: no como coartada de ignorancia, sino como capacidad de asombro, como una manera de situarse sin rencores ante cada acontecimiento. Y la candidez no se



ausenta del alma, sino que se sutaliza, se torna "buena fe", confianza en el Azar y en la Necesidad.

La vida creadora y serena; el sentimiento siempre renovado de estar sintonizados con el Cosmos, de ir navegando suavemente hacia un puerto seguro; la capacidad para asimilar adversidades y transformarlas en realizaciones; el arte de saborear sin prisa las estaciones de la vida y aprender en cada una; en fin, la existencia del hombre verdaderamente libre y creador, se construyen como se construye la vida desgraciada, el ser de la amargura, la ciencia de rebajar y abajar, el arte de perderle el gusto a vivir. Podemos insuflar en nuestras obras los caracteres que deseemos. En últimas, podemos diseminar desiertos o jardines. La gran lección de "Tierra Virgen" es, a mi juicio, que podemos elegir.

Noviembre de 1994

